

FERNANDO OÑEGA

Periodista



Soy el último indeciso

MI hija todavía no tiene edad de votar. Pero se quedó a ver el debate del pasado lunes en Tele 5.

Con intuición femenina anunció: «Ahora va a hablar del 89». Y José María Aznar habló del 89. Inmediatamente dijo: «Ahora hablará del 82». Y José María Aznar habló del 82. «¿Lo ves, papá? Siempre dicen lo mismo». Y se fue a la cama.

Por la mañana escuché la radio, y algunos oyentes, padres de familia, confesaban cómo se fueron quedando solos, algunos acompañados por su gato, que suele ser una excelente compañía política en tiempo electoral. Dormida la parienta, adormilados los hijos, nadie sabe cuánto ayuda un animal.

Los supervivientes —dicen que cerca de once millones— me parece que éramos como los espectadores de las sesiones de cine erótico que nos ponía José María Calviño: nos quedamos viendo a los contendientes, el admirable papel de Luis Mariñas, casi como un pecado solitario. Más que nada, porque el martes había que hablar de eso en la oficina.

Manuel Antonio Rico le había preguntado a Miguel Durán: «¿Está usted entre los indecisos?». Y Durán contestó: «Sí, señor como usted».

Yo, en cambio, al principio del debate no estaba seguro de estar entre los indecisos. Al final, sí. Después de los 165 minutos, tengo el honor de haber ingresado en el amplio partido de los indecisos. Ignoro qué número hace mi ficha, pero tengo el último carné de la indecisión.

EL FACTOR DIALECTICO.— ¿Cómo dices eso? me grita mi conciencia. ¿Cómo puedes decir eso, tú que impartes doctrina; tú, a quien llaman comentarista político; tú, que tienes la obligación profesional de orientar a otros ciudadanos?

La verdad es que estaba dispuesto a reconocer, como la mayoría, que Felipe González estuvo muy bien y muy contundente, como el otro día lo estuvo José María Aznar. Pero me niego a que mi voto sea movido sólo a golpes de contundencia o de pura dialéctica, sea o no preparada en gabinetes de asesoría.

Me niego a que el futuro de mi país dependa sólo de que un candidato tenga una noche afortunada, si antes tuvo una noche aciaga.

Estaba dispuesto a reconocer que José María Aznar ha progresado mucho; que le ha quitado a Felipe González la exclusiva del conocimiento de la asignatura de la goberna-

ción. Pero no me acabo de fiar del todo de sus datos.

¿Cómo me voy a fiar de los datos, si cada cual escoge sólo aquéllos que le convienen: Felipe las autovías, Aznar las viviendas; Felipe la protección del parado, Aznar los parados mismos; Felipe los puestos escolares, Aznar las listas de espera?

No tengo ninguna seguridad de que hayan hablado de los mismos problemas. No tengo ninguna seguridad de que hayan hablado del mismo país.

Estaba también dispuesto a sumarme a quienes proclaman un clarísimo vencedor, y dejarme arrastrar por su seducción. Pero me cuesta trabajo aceptar este juego de que un debate sea un combate de boxeo donde incluso hay «sparrings», o un partido de fútbol, donde se puede ganar por puntos, hacer segundas vueltas, y sólo falta una ligilla de descenso.

Estaba dispuesto a hacer un canto de la capacidad de diá-

C

ómo harán González y Aznar si el día 7 tienen que sentarse a hablar y pactar para garantizar la estabilidad de este país? No veo clara la respuesta

logo que demuestran nuestros líderes y a elogiar a ese González que se levanta a estrechar la mano de su adversario. Pero he desterrado esa tentación en la primera fase del debate.

TERCERA VIA.— Vi las caras. En «La brújula», en la radio, escuchaba: «Hay tensión». A mí me parecía que era más que tensión. Eran miradas que hablaban de rencor. No estaban allí para hacer país. Estaban para destruirse. Me dormí con un interrogante enfermizo: ¿cómo harán si el día siete tienen que sentarse a hablar y a pactar para garantizar la estabilidad de este país? Y no veo clara la respuesta.

Estaba dispuesto a disculpar que estos debates propicien el bipartidismo, hagan olvidar la concurrencia de otros partidos o condicionen la perspectiva. Pero, de forma inevitable, empecé a sentir nostalgia de otras personas.

Era como si me faltara alguien: alguien que pusiera un punto distinto, quizá intermedio, entre quien acusaba de fracaso a todo el socialismo y de retroceso a todo lo que sea derecha; alguien que diera una visión distinta, si existe; una tercera vía.

Si esa vía existiera, hoy le daría mi voto. Pero no he podido contrastarla.

Al final, como de alguna forma hay que pronunciarse, creo que el Felipe de Tele 5 le ganó al Felipe de Antena 3. El Aznar de Tele 5 perdió ante el Aznar de Antena 3.

Supongo que habría que poner una equis en la quiniela. Pero ganó, sobre todo, la estrategia.

RECETAS DE GABINETE.— Ganaron las recetas de gabinete: «Usted no tiene programa», «usted falta a la verdad». Para Felipe González es todo un éxito hacer un debate sin que se hable de corrupción. Para José María Aznar es todo un éxito que se discuta quién ha sido el ganador, cuando todo el mundo lo daba por corneado. Pero se echaron tanta acusación y basura encima, que no me resulta de fiar. Nadie puede ser tan malvado como decía su contrincante. En una sola persona no se puede reunir tanta maldad, incompetencia, fracaso o mezquindad como dijeron.

Sí, es cierto. Quizá yo busque un debate imposible, un debate que no es de este reino. Pero no puedo apartar de la cabeza esta obsesión.

¿Habrá fracasado Felipe González tanto como dice José María Aznar? Si Felipe hubiera fracasado tanto, no estaría pensando en revalidar sus anteriores victorias.

¿Estará José María Aznar tan vacío de ideas y proyecto como dice Felipe González? Si José María Aznar estuviera tan carente de ideas y proyectos, no iría de primero en las encuestas de intención de voto.

No quiero decir que me hayan engañado. Lo que quiero decir que no han sido generosos. Que sólo han buscado destruirse. Por eso he pedido mi ingreso en el partido de la indecisión. Lo malo es que me han aceptado. Tengo el último carné.

CONTRA LA CONFUSION

Una justificación totalitaria

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

HASTA la 2ª guerra mundial, el sistema parlamentario estuvo amenazado por el riesgo de participación electoral de las mujeres, los jóvenes y los no propietarios. La política era negocio de ricos. Las clases dominantes propagaban argumentos en favor del voto censitario. Creían que el sufragio universal daría mayorías políticas a las mayorías sociales y conduciría a un gobierno de los pobres. Había que disuadir a las masas de participar en el intrincado juego del poder. Pero cuando se reconoce el derecho de sufragio universal, se invierte la situación. Lo que hoy amenaza al sistema político es la no participación masiva en las elecciones. Las ideas en esta materia son verdaderos anatemas contra la abstención. La propaganda de partido persuade a las masas de que no votar es un acto de barbarie. Algunos países hacen obligatorio el voto. La Iglesia y el Estado se unen aquí con un mismo mensaje: votar es un deber cívico y abstenerse, una irresponsabilidad moral. ¿Qué puede explicar algo tan raro como esta violenta reconversión ideológica de un derecho en un deber, de un tema político en un asunto moral o civil?

• • •

Encontraremos la respuesta a este pregunta si miramos de cerca quién tiene el poder en el moderno Estado de partidos y lo comparamos con quién lo tenía en el viejo Estado parlamentario. Antes, la soberanía ficticia residía en la nación y la soberanía real en la mayoría de sus representantes reunidos en asamblea, en virtud del golpe constitucional que dió el poder legislativo, cuando se apoderó del poder ejecutivo y del judicial a la muerte de Luis XVI. La legitimación de este Estado representativo radicaba, pues, en el derecho de los representados a elegir a «sus» representantes. El voto era la manifestación de ese derecho político. Pero en el Estado de partidos, la cuestión del poder cambia de naturaleza y de legitimación. La soberanía ficticia reside en el pueblo y la soberanía real en los comités ejecutivos de los partidos, en virtud del golpe de mano constitucional de unos pocos hombres de partido (Adenauer, De Gasperi) que, apoyados en las fuerzas de ocupación, se apoderaron de «toda» la voluntad estatal del fenecido Estado de partido único. El Estado de la postguerra deja, así, de ser representativo de la sociedad. Su legitimación queda resuelta con un ardid electoral y con una teoría reaccionaria. El ardid está en el referendo plebiscitario que la sociedad «debe» prestar a las listas de candidatos sujetos a la disciplina de los «aparatos» de partido. El voto manifiesta el cumplimiento de ese deber social. La teoría justifica el secuestro de la voluntad estatal por los partidos porque sólo ellos pueden procurar la identificación de la sociedad civil con la política. Es necesario, para esto, que el acto de votar sea civil o cívicamente obligatorio. ¡Una justificación totalitaria!

• • •

El antiguo Estado parlamentario no era democrático. Le faltaba, para serlo, el sufragio universal y la división de poderes. Pero era liberal por ser representativo. El actual Estado de partidos no es democrático ni liberal. Le falta todo para ello: un régimen electoral representativo de la sociedad civil y una efectiva división de los poderes del Estado. Lo único que tiene de civilizado, las libertades y el sufragio universal, no es utilizado para fundamentar el poder político. Sólo sirve para refrendar el poder constituido y cambiar, a lo sumo, su distribución interna entre los partidos. Ante esta situación, que nadie de buena fe intelectual puede negar y que era conocida cuando se inició la transición española, la actitud de los demócratas tiene que ser clara y contundente: abstenerse de votar mientras el voto sea considerado como un deber cívico y no como un derecho político. No importa tanto el porcentaje que se alcance como la conciencia política y moral de la abstención. Porque no se trata de conseguir, con ella, un rechazo de los partidos, que son inherentes a la libertad de asociación, sino de ponerlos en su sitio: sacarlos del Estado y devolverlos al seno de la sociedad. Mientras no se logre este objetivo prioritario, con la reforma del sistema electoral y de la Constitución, ninguno de los riesgos de opresión, incompetencia y corrupción que produce una sociedad política estatalizada, podrán ser afrontados con posibilidades de superación. Lo mejor que pueden ofrecer los partidos «estatales» es arbitrio tecnocrático: administrar personas como si fueran cosas.